

### CAPITULO III.

#### Venecia.

El mundo antiguo no conoció, el mundo moderno á su vez no conocerá ciudad de tan extraña, pero tan llamativa hermosura, como la singularísima Venecia. Cuando descendéis hácia sus cercanías, y os sumergís en sus lagunas, imagináis hallaros en otro planeta de condiciones diversas á las condiciones de nuestra tierra, cubierto por el Océano, y obligando á sus habitantes, imposibilitados de poner el pié en el suelo firme, á erigir sus habitaciones, como esas aves cantadas por la poesía antigua que depositaban sus nidos en las ondas, á erigir sus habitaciones, decia, en medio de las aguas. Las lagunas, extendidas entre el verde claro de las tierras que riegan tantas corrientes como fluyen de los Alpes y el azul oscuro del mar Adriático, brillan al sol, segun la profundidad de sus aguas y la materia de su fondo, como si fueran una sustancia preparada para amasar ópalos y perlas. La entonacion general es celeste tirando á blanca; pero el reflejo de los rayos del sol que fingen aquí legiones de estrellas escapadas de las grutas marinas; las sombras de las algas que dan allá toques oscuros y sombríos; los arboles de tal hora del dia ó de tal cambio del viento que proyectan por todos lados reflejos de púrpura, de rosa, de laca á un mismo tiempo como mezclados en mágica paleta; las franjas de espumas que, á guisa de encajes, bordan los límites de tal isla ó señalan las tortuosidades de tal corriente; las estelas dibujadas así por las quillas de las barcas como por los movimientos de los peces; las escamas relumbrantes bajo la clara linfa, los bosques marinos, con sus ramas verdi-negras en los abismos; las combinaciones fosfóricas y hasta eléctricas que, si no lucen al resplandor diurno, modifican las sensibles aguas con algun

extrañísimo destello; las conchas pintadas resaltando sobre los bancos de áureas arenas y sobre las líneas de marmóreos diques; todos estos espectáculos dan matices tales al inmenso espejo, que no sabeis si admirar su celestial uniformidad ó sus múltiples cambiantes, mas bellos que los iris de los cristales venecianos ó los ramajes de las pérsicas alfombras; pues nada hay tan rico en deslumbradores espejismos como los juegos del aire, de la luz y de las aguas en la inmensa extension del mar ó en la limitada extension del lago, semejante uno y otro á pedazos del cielo desprendidos sobre la tierra.

Por esta etérea laguna, entre el aire arrebolado y las aguas esmaltadas ¡qué ciudad, Dios mio, qué ciudad han levantado los hombres! Dejad la montaña, la pradera, las aguas, los bancos de arena, todo cuanto ha hecho allí la Naturaleza; y convertid los ojos á las iglesias, á los palacios, á los monasterios, á los muelles, á todo cuanto ha hecho el arte. En una inmensa extension, como si fueran diques de mármol, se extienden los murallones alzados para dividir las aguas del mar Adriático y las aguas de la laguna de San Márcos. Por las sinuosidades que los diversos canales forman en todas direcciones, álzanse pilotes teñidos ó de azul y blanco, ó de amarillo y rojo, ó de verde y negro, destinados á amarrar las góndolas. Entre estos pilotes mécese al viento la vela latina y la vela cuadrada, tintas en colores azafra- nados, que resaltan por singular manera sobre el azul de las ondas, y que parecen gigantescas alas rozadas en la flora de algun bosque de los trópicos. Mas allá de los diques llamados murazzi, y de la lengua arenosa llamada Lido, dibújanse las isletas, especie de escollos esponjosos ó de aglomeraciones de fango, contrastando su color oscuro con el claro de las aguas y sus verdes jardines con las torres medio rosáceas y medio blancas de sus pintorescos monumentos. Los árboles se bajan hasta tocar con sus ramas en las aguas, y las agujas, las pirámides, las veletas, rematadas muchas de ellas con ángeles dorados, se elevan hasta parecer constelaciones del cielo. Teniendo por fondo los Alpes del Frioul, entre los esmaltes de aquel aire cargado con tantas emanaciones salinas y los cambiantes de aquella laguna pintada por tantos colores y matices diversos, extiéndense los palacios con sus fachadas marmóreas, y sus intercolumnios aéreos, y sus galerías ojivales, y sus mosaicos que diríais formados de rica pedrería; elévanse las rotondas de las Iglesias, cuyas esferas dan á la ciudad aspecto de una nueva Bizancio, y toman en lo lejos aire de radiosas apariciones asiáticas; brilla el maravilloso alcázar de la Señoría Veneciana, compuesto de jaspes áureos y carmesies, sustentado sobre gruesas columnas de granito oriental y sobre calados maravillosos de góticas ojivas, concluido por una blanca crestería tan transparente y tan luminosa como si fuera una crestería de cristal; luce la Iglesia de San Márcos, con sus tres cúpulas, remedo de las cúpulas de Santa Sofía, todas teñidas de un color blanquecino como si fueran rayos melancólicos de la luna cuajados por mágico arte; y osténtanse á todos lados torres de varias

formas, monolithos concluidos por estatuas de santos ó por animales fantásticos, lógias enriquecidas y ornamentadas con los primores de la escultura moderna, ángeles con sus alas de varios plumajes y vírgenes con sus mantos de varios colores, saliendo como de un sueño de aquellos frescos al aire libre y de aquellos cuadros hechos con piedras y pastas transparentes: paisaje incomparable, realzado por las reverberaciones de los horizontes y de las agunas, embellecido por las bandadas de palomas que cruzan los aires y las bandadas de gaviotas que rozan las ondas, circuido por las velas albas ó pajizas de los barcos y por las figuras de las góndolas tan lucientes como pedazos de azabache, recordando en todas sus manifestaciones Asia, Grecia, Egipto, Siria, como si fuera aquel sitio un Olimpo de artistas, los cuales, necesitados de la piratería, despojaron de sus riquezas á todas las regiones orientales, y trayéndolas á las orillas del Adriático, las embellecieron y exaltarán con sus propias riquezas y sus inagotables inspiraciones, haciendo así de su Venecia la diosa y la maga y la sirena de los mares.

Nosotros, en esta historia, vamos á resucitar la Venecia del siglo décimoquinto, que ha sido engrandecida, pero no cambiada más tarde. En el tiempo que deseamos resucitar, y que podeis ver aun viendo los cuadros del Carpaccio, no existia frente al palacio ducal esa admirable Biblioteca vieja, esculpida en los días mas bellos del Renacimiento por la mano milagrosa de Sansovino, capaz de dar á las esculturas modernas toda la gracia y toda la armonía de las esculturas antiguas. No existia tampoco esa Iglesia de la Salute, verdadera montaña de mármol blanco, que se mira y se repite en las aguas del gran canal, como las cúspides nevadas de los Alpes en la linfa de los tranquilos lagos. No brillaba sobre la espaciosa isla de la Guidecca el monasterio de San Jorge Mayor, blanco y rojo, ideado y erigido por la clásica inspiracion de Paladio. Pero en una y otra línea de la calle maravillosa formada por el gran canal, agrupábanse ya los más hermosos y más admirables palacios que puede soñar una imaginacion enamorada de las combinaciones caprichosas de líneas y de colores: el palacio Dario, de estilo lombardo, recién esmaltado con sus mármoles orientales; el palacio Foscari, de dobles columnatas y de calados rosetones, que daban á las piedras la transparencia de los vidrios; el palacio Bernardo, brillantísimo por sus relieves parecidos á primorosas cinceladuras; el palacio Donati, levantado en el duodécimo siglo, con toda la solidez y todo el candor propio de la arquitectura bizantina; el palacio Farsetti, donde los prodigios del genio oriental se mezclan con los prodigios del genio italiano; el palacio Morosino, abrigado por los juegos de las artes árabes, revelando las correrías de los cruzados y de los navegantes venecianos en el siglo décimo-tercio; el Fondaco, denominado mas tarde de los turcos y que, erigido en el siglo décimo, tomariáis por un camarín de Córdoba ó por un patio de Granada; palacios todos maravillosos; pequeños por lo reducido del piso, aéreos como para gozar de

todos los beneficios del clima, ornados de manera que puedan ser por las aguas repetidos, y á cuyos lados se alzan los pilotes y se mecen las góndolas, y por cuyas escaleras, donde van á morir como en sonoras playas las tranquilas ondas, agrúpanse pajes y gondoleros, vestidos con esos brillantes equipos y esos vivos colores que toman mayor entonacion y viveza en la claridad deslumbradora de las transparentes lagunas, donde crecen hasta duplicarse las reverberaciones de la luz y los resplandores del día.

Es la fiesta de la Ascension. Las campanas repican alegres, y su repique toma, al caer sobre las lagunas, melodiosas resonancias. Las músicas suenan y mezclan sus acordes suaves al ciclópeo tañido de los campanarios. Por doquier se ven flores que exhalan la fragancia de la primavera, y aves recién libertadas que vuelan ceñidas de lazos; pero, sobre todo, á punto de medio día, cuando el Patriarca entona en la iglesia de San Márcos, bajo la rotonda que parece de oro macizo, en frente de la sacra pila recamada de zafiros, diamantes, y rubies, el *Gloria in excelsis Deo*, al toque de las trompetas del órgano, entre cuyos torrentes de armonía descubrir las oraciones exhaladas de las almas extáticas, tras las azules humaredas despedidas por los áureos incensarios, la ascension del Salvador desde las sombras de la tierra á la inmensidad de los cielos. Pero lo que especialmente caracteriza á Venecia en este día solemne es la boda del Dux con la mar. Y en efecto, la ciudad que ha dominado el Mediterráneo con sus escuadras; que ha convertido las islas griegas en sirenas de su marino carro, tan brillante como la concha donde surgiera Vénus; que ha poseído las riberas dalmatas y ha aterrado hasta los montañeses de Albania; que ha vencido al mismo imperio bizantino y llegado en expediciones cuasi fantásticas por virtud de la navegacion y del comercio, á las soñadas regiones donde llegara el cetro mágico y la espada legendaria de Alejandro; rica por sus despojos, audaz en sus empresas, gozosa y despreocupada como los mareantes; sensual en medio del ascetismo místico que sobrecogía el pensamiento y embargaba la conciencia de los siglos medios; trabajadora en aquellos días de combate; libre de los bárbaros porque se pobló desde un principio con los fugitivos escapados á las terribles irrupciones; libre del feudalismo porque la lucha igual con las ondas traía los primeros albores del espíritu moderno; libre de la teocracia porque el trabajo mataba el fanatismo; libre de la monarquía porque si el comercio creaba una aristocracia de dinero, no podía crear la superioridad de una sola persona; cogió el tridente, hizo salir del suelo escuadras, trajo á la noche espesa de nuestras supersticiones los esplendores del cielo asiático, embalsamó con sus esencias y con sus aromas venidas de Oriente el aire envenenado por las pestes, limpió el cuerpo humano comido por la lepra, engarzó en la corona de Europa las perlas de los mares donde el sol tiene su cuna, ensanchó nuestros territorios, comunicándolos por la navegacion con territorios antes ignorados, recogió á los últimos fugitivos

del Imperio griego; y primeros fundadores del Renacimiento moderno, deramando con el fuego de su génio, al son de las canciones báquicas y de la voluptuosa música, en las ateridas venas de la humanidad helada por el terror á la próxima ruina del mundo en el juicio final, así la sangre llena del calor de la juventud como la esperanza henchida de nuevas y progresivas ideas.

Venecia en la Edad Media, y especialmente en la última mitad del siglo décimo-quinto, era la Diosa de los mares. Y por consecuencia podía y debía desposarse con el Adriático, elevando á su lecho, á su trono, á su altar, aquel rendido esclavo. La misa de la hora, como llamamos los meridionales á la misa de la Ascension, ha terminado. El Bucentauro, la góndola ducal, dorada primorosamente, con relieves que representan divinidades marinas, con grupos de estatuillas que recuerdan la ciudad y sus glorias, tapizada y alfombrada á la oriental usanza, llena de una tripulacion que brilla por sus pintorescos trages, mécese al pié de la Piazzetta, cerca del alcázar, frente al monolitho donde campea el leon alado de San Márcos con sus fauces abiertas como para respirar el aliento de los huracanes. Por las ventanas de mármol ornadas con colgaduras varias, que resaltan entre las líneas de los edificios, descúbrense las hermosas cabezas de las damas venecianas enrubiadas por los cosméticos que no pueden afealarlas y rociadas por la pedrería que no luce tanto como sus negros y asesinos ojos. Antes de embarcarse, el Dux y su cortejo han de recorrer la plaza de San Márcos y la plazeta saliendo por aquella puerta mayor de la Basílica, sobre cuyo arco principal, entre los vidrios de colores y los mosaicos, piafan los caballos griegos; y en cuyo pavimento se postró de hinojos la grandeza material del Emperador Federico Barbarroja ante la grandeza moral del Pontífice Alejandro III. Imaginaos lo que sería la plaza: San Márcos y el palacio ducal hácia la parte del Este; varios edificios, entre ellos la antigua Biblioteca hácia la parte del Norte, y al Oeste, el airoso campanile, los gigantescos monolithos graníticos, la terminacion del gran canal, todo poblado de góndolas, entre las cuales resplandece el áureo Bucentauro, como el sol poniente entre las nubes del ocaso. Si en las ventanas y sobre las colgaduras se veian los graciosos rostros de las damas; veíanse en la plaza los jóvenes con sus calzas de punto y su juboncillo de seda; largo el cabello, que caía sobre la espalda y ceñidas las sienes con lazos de oro; los bravos, vestidos de capa larga, capucha ancha, pechera adornada de lazos, mangas perdidas; los comerciantes con Syria, envueltos en sus togas multicolores forradas de raso negro; los soldados, mostrando los coletos de diversos paños y las mangas acuchilladas; los feriantes, ceñidos de sombreros de fieltro y golillas de encage; los nobles de cierta edad madura, realzados por sus túnicas de sarga que prendian al cuello con corchetes riquísimos y dejaban caer sin ningun cinturon hasta las plantas; los servidores de la Señoría, cuyos trages resaltaban entre

los trajes oscuros por sus vestiduras violeta; los capitanes ricamente enjaezados por el pectoral de terciopelo y oro, manto de varios matices á cual mas llamativos, cordones de sedas con bellotas que desafian en tintas al mismo iris, túnica prendida de cinturon argentado, medias carmesies; losregoneros con su capa celeste y su birrete grana; los maestrantes con sus espadas de metales preciosos brillando sobre el traje de preciadas telas pero de visos sombríos y oscuros; los innumerables de tan varias profesiones, todos pintorescamente vestidos, alegrando la vista con sus diversos trajes tan propios de aquel magnífico escenario y los oidos con la ruidosísima algazara tan propia de aquella estruendosa fiesta.

La procesion comienza. Vienen primero los abanderados con ocho banderas bordadas de oro en cuyo centro resaltan las armas y los escudos de Venecia. Tras los ocho abanderados siguen los heraldos del Dux vestidos de abigarrados trajes. En pos de los heraldos los trompeteros, sonando trompetas de plata, tan largas que necesitan llevar delante pajecillos soportándolas sobre sus hombros. En pos de los trompeteros siguen las servidumbres del Senado y de las Embajadas, porfiando en la variedad de sus divisas y acompañadas por escogida música que toca marciales marchas. Despues de este grupo, tan animado y pintoresco, los canónigos de la Basílica, capellanes honoríficos del Dux, vestidos de albas compuestas por las mas lujosas blondas sobre las cuales resaltan las capas pluviales, dignas del Oriente, segun los recamados de oro y las bordaduras de seda y el rocío de perlas. Al terminar el paso de los canónigos vése un diácono que lleva grande cruz de oro macizo elaborada con tanto primor que, al reflejarse los rayos del sol en sus caladas aristas y en sus bruñidas superficies, materialmente deslumbran y ciegan. En este sitio de la procesion aparece el Patriarca, magestuoso, barbado, solemnísimo; con una mitra digna de los antiguos dioses persas por lo alta, con una capa que vale materialmente un reino por lo rica, con una túnica que le dá el aspecto de grande sacerdote judío por lo simbólica, derramando bendiciones, y sostenido por algunos sacerdotes, tan pendientes de su voluntad que los diriais destinados á adorarle cual adoran los ángeles á Dios. Un primoroso candelero, concedido por el Papa en premio de antiguos servicios, abre la marcha de los verdaderos dignatarios de la Señoría. Al candelero sigue cincelada bandeja sobre la cual brilla el Corno, extraño nombre dado á la más significativa insignia ducal. Tras el Corno viene la sede de honor llevada en hombros por un camarero y semejante en su forma á las sillas curules de los romanos. A la sede sigue el cojin, una verdadera maravilla de lujo. Luego aparece el gran canceller envuelto en su larga túnica de mangas perdidas y ceñido con su clásico birrete. Al canceller sigue un pajecillo con el nombre de Balotino, ricamente enjaezado, como para señalar la venida del poder supremo. En efecto, ahí tenéis los avagadori vestidos de púrpura; los senadores vestidos de bro-

33204

cados que tienen un lustre incomparable pero sin oro por respeto al príncipe; los generales con sus trages de terciopelo y sus mantos de tisú; los portadores de la espada ducal, cincelada con todos los recursos artísticos y digna por su magnitud de un gigante; y bajo sombrilla, semejante á la que llevaban los antiguos reyes de Babilonia, el viejo Dux coronado por el gorro frigio tal como lo arregló Zeno en el siglo décimo-tercio, con una verdadera diadema al borde, vestido con la sotana de brocado toda rameada de oro, llevando en los hombros un rozagante manto imperial con esclavina de armiño. ¿Puede darse espectáculo que deslumbré de esta suerte la vista?

Luego que ha pasado la procesion por el sitio donde cada curioso se encuentra, corren á todo correr los satisfechos en demanda de la góndola que ha de llevarlos á presenciar las nupcias de Venecia con el Adriático. El día de la Ascension tiene tal solemnidad que hasta especiales trages le señalan las ordenanzas de aquellos siglos. La novia que en semejante festividad se casa, perteneciendo al estado noble, debe llevar perlas en las trenzas, al cuello, á las orejas, debe lucir hombreras de oro sembradas de zafiros; debe arrastrar larga cola de raso negro, ceñirse elegante jubon de raso blanco, y envolverse en argentado velo de gasa. La jardinera de Chioggia arregla su moño con mayor cuidado y le ciñe cordones de colores, despues de calzar zapatos blancos y vestir la saya azul con franja de terciopelo. Los remeros esclavos y griegos, rubios aquellos y de ojos azules, morenos estos y de escultórica figura, abotonan mejor este día su burichietto al pecho, estrenan bombachos de lino, renuevan las plumas de su gorro, y bruñen las armas de su cinto de cuero bordado de vistosa sedería. Las campesinas recogen su cabellera con una red de oro; sobre la red llevan un sombrero de fina paja todo ornado de plumajes; circundan sus corsés de botones de plata sobre-dorada; rodean con cuentas de coral cuello y mangas, y se ciñen una basquiña de lana sembrada de rosetas de seda y se calzan bien pintorescas sandalias. Así es que todo allí luce vivísimos colores y todo tiene el aspecto pintoresco propio de una ciudad sin igual en la tierra, que parece á cada momento próxima á verse dispersada por los vientos y sumergida por las aguas.

Imaginaos qué serian en las fiestas de la Ascension los desposorios del Dux con la mar. Las torres cantan con sus lenguas de metal. Los gallardetes ondean por las pirámides, por las agujas, por los batareles, por las cúspides al beso continuo de las brisas. Las ventanas lucen colgaduras de mil matices orladas con franjas de plata y oro. Una lluvia de flores se desprende de todas las alturas, y cubre las lagunas de rosas que embalsaman los aires, y flotan sobre los lagos como sobre un rosal celeste. Las músicas conciertan con el tañido de las campanas y con el clamoreo de la muchedumbre. Todas las naves que hay esparcidas por el muelle de los Esclavones, se balancean al viento ó á los remos para unirse con el cortejo. Las

velas blancas ó amarillas, las banderolas de tan varios tonos, los mástiles ornados de guirnaldas, las tripulaciones vestidas con sus mas brillantes trages, la multitud de gentes adornadas con sus mejores preseas, que á bordo se aglomeran á fin de presenciar la fiesta; dan á todas aquellas tablas flotantes el aspecto de movibles florestas. Y si tal aspecto tienen las naves de comercio, nada os digo de las góndolas de placer. Son negras; pero su lustre de azabache resalta sobre la claridad de las aguas. Y llevan, ya una pareja enamorada que destella pasión de sus ojos, ya una compañía de jóvenes que entonan armoniosos cantares, ya un coro de doncellas más hermosas que las fingidas sirenas, ya una orquesta que produce suavísimos acordes, ya una especie de orgía donde los transparentes vasos se chocan y los vinos de Chipre corren, ya grupos de damas cuyas mangas de brocado casi rozan con las aguas y cuyas cabelleras cuajadas de perlas, zafiros y diamantes, descomponen los rayos del sol en innumerables chispas embellecidas y aumentadas por la reverberacion del día en los cristales de las aguas. Unid á esto los uniformes vistosos de los gondoleros, los colores vivos del traje de los marinos, el contraste de las túnicas de grana y púrpura con las túnicas de raso y terciopelo negro, las guirnaldas ceñidas por las campesinas y las perlas entrelazadas por las damas á sus trenzas, el brillo de los ramajes y dibujos de oro y plata sobre las vestes multicolores, los iris múltiples y cambiantes que forman al impulso de las brisas los plumajes, las reverberaciones del sol en los petos y en los cascos y en las alabardas de los soldados, así como en la pedrería por do quier luciente; y decidme luego si merece ó no Venecia y su escuela de pintura el dictado de Diosa de los colores. Y en medio de todos estos esplendores que deslumbran los ojos, resalta el Bucentauro, dorado, esculpido, cubierto de tapices, con el Dux á su proa, que semeja al Dios de las ondas. Diríase al ver todo aquel singularísimo espectáculo que las antiguas divinidades marinas, aquellas encerradas en los cristales del mar, blancas como las espumas, palpitantes como las ondas, tendidas en el nácar de las conchas, habitadoras de las grutas de perlas, cubiertas con las azuladas túnicas de estelas, conducidas á través de los líquidos espacios por los juguetones delfines, habian surgido de los abismos, tomado otras formas, ceñídose los trages y los signos cristianos para continuar, merced á esta transformación, su antiguo imperio sobre las ondas y sobre los vientos. Así, mientras el cortejo, compuesto de tantos deslumbradores grupos, se ausenta, saludando por la parte de la poblacion que queda en las ventanas y azoteas, todas cubiertas de orientales tapices, ó en los muelles é islotes todos henchidos de gentes, dos procesiones, formadas por todos los cleros y todas las órdenes religiosas, se dirigen, una por la piazzetta á San Márcos, otra por el muelle de los Esclavones á San Zacarías, á fin de depositar las reliquias de ambos santos. Y la magnífica procesion marítima se despide de las procesiones terrestres, y toma rumbo hácia el Lido, donde el mar se be-